

RICARDO PÉREZ MONTFORT

# LÁZARO

## CÁRDENAS

UN  
MEXICANO  
DEL SIGLO XX



**TOMO 1**

**DEBATE**

## Infancia y adolescencia

1895-1913

Todos éramos conocidos. Los domicilios, aunque tenían nombre las calles como La Rana, Santa Anita, San Cayetano, La Calle Real, La Acantarilla, etc., siempre se daban por las señas: “Por ca’doña Pachita la Pureza; por ca’ Rosendo el Pío; por el mesón de Munguía”. Era suficiente cualquier dato de estos para dar con el domicilio buscado.

MANUEL BRAVO SANDOVAL,

*Agustín Orozco Bravo: anécdotas de un jiquilpense*

### Jiquilpan de Juárez

Al iniciarse en México la década de los años ochenta del siglo XIX, es decir: cuando el general Porfirio Díaz simuló dejar el poder en manos de su compadre Manuel González, pero más bien estableció los fundamentos que darían pie a su dictadura por más de 30 años, la pequeña población de Jiquilpan era lo que entonces se llamaba un “pueblo cabecera”. A pesar de estar a más de 200 kilómetros de Morelia, la capital del estado de Michoacán, y de su cercanía con otras ciudades importantes de la región, como la muy católica Zamora y la no menos conservadora Guadalajara, capital del estado de Jalisco, la importancia administrativa de Jiquilpan no era para nada desdeñable. Un aire entre provinciano y semiurbano podía

percibirse por sus calles y casas, debatiéndose entre el tradicionalismo y los afanes de una incipiente modernización. Los empedrados y las banquetas anchas mostraban que la circulación de personas, caballos y carretas era medianamente intensa. La mayoría de las casas tenían techos de teja de barro cocido y aquellas que se levantaban cerca del centro de la población estaban pintadas de blanco calizo, cuando no de algún color desteñido y discreto. Al pie las cubría un guardapolvo rojo mate o azul añil. Con varias plazas construidas alrededor de sus consabidas fuentes, esta población de clara raigambre liberal compartía sus edificios con unas cuantas iglesias: el Convento y Templo de la Parroquia de San Francisco, con su enorme atrio arbolado, su gran cúpula y su torre-campanario, la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, la de San Cayetano y desde luego el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, cuyos altos muros empezaban a destacar en el entonces todavía mesurado horizonte urbano.

Situada como cabecera municipal en el noroeste de Michoacán, muy cercana a los límites con el estado de Jalisco, Jiquilpan ya podía considerarse como una referencia obligada en los mapas michoacanos del momento. Aunque todavía disputaba su territorio con otros distritos colindantes, como el de Sahuayo y el de Cotija, que por cierto también vivían un dinamismo particular por aquellas épocas, el municipio mismo de Jiquilpan se había ganado a pulso un lugar relevante en el norte occidental del estado michoacano. Si bien su prosperidad se lograba todavía con señera lentitud, lejos estaba de ser un villorrio o una simple congregación.

Además de los ya mencionados Sahuayo y Cotija, que aún eran pueblos un poco más pequeños que la cabecera municipal, Jiquilpan también blasonaba de ser vecina y amiga de otras poblaciones, haciendas y congregaciones, como Cojumatlán, La Palma, Pajacuarán, Jaripo, Guarachita, Cotijarán, Totolán y las más lejanas Briseñas, Vista Hermosa, Ixtlán, Chavinda, Tarecuato, Tangamandapio y Jacona. A unos 60 kilómetros hacia el Oriente estaba, desde luego, el amplio y fecundo valle de Zamora. Del lado jalisciense y muy cerca de las riberas del Lago de

Chapala, los vecinos pueblos de La Barca y Ocotlán orientaban a la población jiquilpense más a favor de las influencias de la capital del estado tapatío: la provinciana, conservadora y muy bella ciudad de Guadalajara.

Perteneciente así a una constelación de poblaciones que se beneficiaban de la ciénega, de las riberas y del lecho acuático del también llamado Mar Chapaleño, Jiquilpan descansaba en lo que parecía ser una antigua orilla entre tierras bajas, muy fértiles, al pie de una serie de cerros, que mostraban primero su superficie seca poblada de huizaches, mezquites y nopales, y en la medida que aumentaban de altitud, poco a poco iban tornándose en bosques de pino, encino y cedro por los rumbos de San José de Gracia y Mazamitla. Se trataba, pues, de una población ubicada en una planicie ancha y extendida, pero con buenas vistas hacia las lomas alledañas que pronto se perdían en las serranías colindantes entre Jalisco y Michoacán.

Para ese entonces Jiquilpan contaba igualmente con una bien ganada carga de registros históricos que iban desde remotas referencias prehispánicas, no pocas edificaciones coloniales y muchas más correspondientes al México decimonónico.

Al igual que las vecinas cabeceras de Cotija y Sahuayo, pero a diferencia de la aristocrática Zamora o la jalisciense La Barca, Jiquilpan había cobijado a una población industrial, comercial y agropecuaria de fuerte raigambre liberal, enclavada en un territorio que parecía disputarse su propio espacio entre los despliegues expansivos de unas cuantas haciendas particularmente ambiciosas y la influencia contundente de la Iglesia católica. Estas haciendas, entre las que destacaban las poderosas Guaracha, El Monte y Cojumatlán, se encontraban ampliando su producción y sus terrenos entre las tierras féculas de las hondonadas alledañas a Jiquilpan y de algunas cañadas que llevaban a sus trabajadores y a su ganado hacia el territorio bajo de la cuenca chapaleña. Dichas tierras encontraban sus límites naturales por varios costados: por un lado hacia los pies de las lomas no muy altas del poniente, entre las que despuntaba medianamente el Cerrito Pelón, y

por el otro hacia los verdes planos que se extendían por el norte hasta la ciénega formada por los afanes desecadores de quienes se adjudicaban el título de ser dueños del Lago de Chapala y sus alrededores.

Los terrenos que correspondían a la propia cabecera de Jiquilpan, así como los que detentaban las poblaciones vecinas, fueron víctimas de la expansión promovida por los grandes propietarios de aquellas haciendas en las postrimerías del periodo colonial y lo que iba del siglo independiente. Hacia finales de ese siglo las pugnas por la tierra entre pueblos y haciendas se habían renovado, y la confrontación seguía tan viva como si el tiempo hubiera pasado en vano. La lucha tuvo lugar fundamentalmente entre aquellos que reclamaban la propiedad y el usufructo de los terrenos pertenecientes a la población de la propia Jiquilpan y los intereses propalados por la hacienda aledaña más voraz, que respondía al nombre de Guaracha y sobre la que se volverá más adelante. Los ríos de Jiquilpan y de Paredones alimentaban los arroyos Colorado, de las Ánimas y el Fuentes, que la mayor parte del año eran lechos secos y pedregosos. Sólo las lluvias de verano les provocaban un rumoroso caudal de agua especialmente fría que bajaba del Cerro de San Francisco o de la Loma.

El pueblo de Jiquilpan tenía dos plazas, la apellidada Zaragoza y la del Comercio, además del amplio atrio del Templo de San Francisco. Su mercado dominguero no era desdeñable. Textiles, cueros, artefactos de barro y metal, pero sobre todo productos agrícolas y pecuarios, como maíz, frijol, garbanzo, chile, calabazas, chayotes y demás verduras y frutas, combinadas con quesos, mantequillas, embutidos, retazos de res y algunos productos de procedencias no tan lejanas como aceites, vinos, alcoholes y vinagres, todo ello solía aparecer durante los días de plaza y de mercadillo. Para la segunda mitad del siglo xx Jiquilpan se había convertido en centro importante de producción rebocera, de huarachería y de artículos de palma. Y no se diga su fabricación de aperos e instrumentos de labranza y ganadería, que le darían fama tanto regional como nacional.

La antigua vocación de su población comercial, entre industrial y artesanal, y sobre todo por ser la sede de algunos puestos de administración política local y municipal, insistía en darle un lugar predominante en toda la región. Por ello llamar a Jiquilpan “pueblo cabecera” no resultaba tan sólo una buena definición de intendencia, sino que, tomando en cuenta su importancia en la zona nororiental del estado de Michoacán, dicho título se acercaba bastante a la realidad en la última veintena del siglo XIX.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que dicha referencia administrativa y regional cambiara. Para 1891 Jiquilpan fue declarada “ciudad”, otorgándosele el añadido “de Juárez” en honor a su bien consolidada tradición liberal. Mucho le había costado convertirse en un baluarte de los afanes juaristas y proliberales de la República Restaurada, y su apoyo a la conciliación porfirista del último cuarto del siglo XIX le había valido la venia del régimen triunfante. Como es sabido, este último tenía entre sus principales propósitos pacificar al país —aunque fuera sólo de dientes para afuera— y modernizarlo para así incorporarlo poco a poco al concierto de la civilización occidental.

Si bien es cierto que la “paz orgánica” de la que presumía el régimen de Porfirio Díaz a finales del siglo XIX estaba bastante lejos de implantarse en muchos confines del territorio mexicano, a estos pueblos y haciendas colindantes con la ciénega de Chapala, la tensa pacificación del país parecía haberles acreditado cierto progreso material. Los beneficios se sintieron sobre todo entre los sectores pudientes y clasemedieros, entre algunos comerciantes y no pocos productores artesanales. Aun cuando la pobreza endémica de la población indígena y de las rancherías colindantes no se pudo paliar de manera significativa, hacia inicios de la década de los noventa del siglo XIX la población mestiza intentaba vivir con cierta holgura ocupando las principales casas, los establecimientos públicos y los locales privados, así como las calles y las plazas jiquilpenses. Ciertamente que no les iba tan mal a estos sectores, sin embargo, alguna desconfianza frente a los “nuevos”

tiempos se podía percibir sobre este bienestar entre sus corrillos y rumores, entre sus chismes y sus interpretaciones de las lejanas noticias de la capital del país, de Morelia y de Guadalajara.

Su demografía parecía haberse confeccionado con el mismo tejido social que aparentemente abundaba en muchas pequeñas ciudades de la provincia mexicana, que apenas tenían entre 5 000 y 10 000 habitantes. En la pequeña escala regional los ricos de siempre eran los menos y ellos seguían siendo los principales beneficiarios de las políticas públicas. Después venía una delgada capa de pequeños productores y comerciantes que intentaban presentarse como la auténtica sociedad jiquilpense. Y en la base de aquella clásica estructura piramidal se encontraba un sector mayoritario con muy pocos recursos, poca educación y muy magros ingresos para irlos malpasando.

Tal vez una de las principales diferencias entre los pobladores del Jiquilpan de las últimas décadas del siglo XIX y aquellos de épocas anteriores fue una mayor presencia de esos sectores medios en materia política y de administración local. Estas clases moderadas intentaron contener la omnipresencia de la Iglesia católica, de las milicias y del poder económico, para beneficiar sobre todo al ciudadano común que se manifestaba a favor de una prestancia un tanto más liberal y restauradora. Como parte del esfuerzo modernizador del momento estos sectores medios pretendieron apuntalar, con muchos esfuerzos, los derechos y las andanzas de una sociedad civil, menos mediatizada por el conservadurismo y la jerarquía religiosa. Por eso, y si se consideran los parámetros liberales del Porfiriato medio, no fue poca cosa para Jiquilpan haber pasado de la denominación de “pueblo” a la de “ciudad” durante aquel primer año de la última década del siglo XIX.

Con la mayoría de sus casas, fábricas, talleres, plazas públicas y edificios construidas en la orilla poniente del río que la cruzaba y que lleva su propio nombre, Jiquilpan se mostraba entonces como una orgullosa población “moderna pero con historia”, de acuerdo con aquellos tiempos que empezaban a soplar a favor de la república encabezada

por la gerontocracia que gobernaba el no menos viejo pero firme general Porfirio Díaz.

Un plano de aquella ciudad fechado en 1899 describía a la recién nombrada ciudad así:

El temperamento de Jiquilpan es más bien un poco caliente, y el clima sano. La fertilidad de las inmediaciones es notable [...] Hay en la ciudad: Prefecto, Juez de Letras, Administradores de correos, del timbre y de las rentas del Estado; Ayuntamiento, alcaldes ó jueces menores, y fuerza pública, bastante para la seguridad del Distrito.

Cuenta la cabecera a que nos referimos con 8568 habitantes según el censo levantado en el año de 1891; la población está clasificada así: presentes 8251, ausentes 212, de tránsito 105.

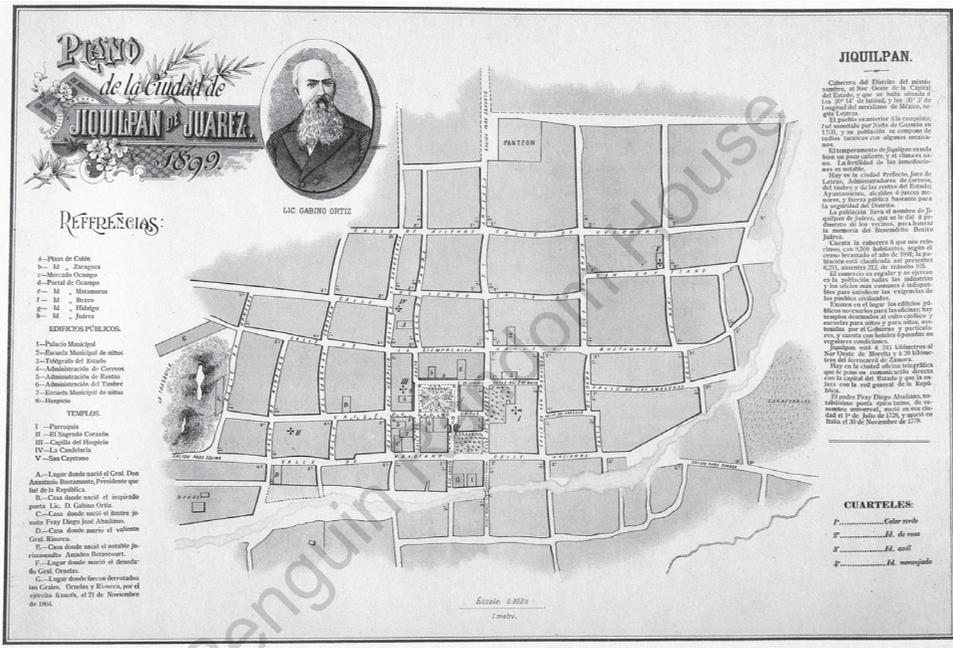
El comercio es regular y se ejercen en la población todas las industrias y los oficios más comunes e indispensables para satisfacer las exigencias de los pueblos civilizados.<sup>1</sup>

Independientemente de los números y de las apreciaciones justificatorias, no cabe duda de que en ese entonces Jiquilpan podía verse como una muestra más de la muy conocida desigualdad porfiriana, misma que intensificó sus contradicciones a lo largo de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX.

A los cuatro costados la plaza principal de aquella recién declarada ciudad, los edificios que pertenecían a la administración pública ocupaban los lugares preferentes, con la salvedad del nororiente, que era ocupado por la gran mole del Convento y Templo de San Francisco. Pero ahí estaban el palacio municipal, la oficialía de rentas, el correo y el cuartel de policía. Las demás casas pertenecían a los ricos de la región: abogados, comerciantes, pequeños empresarios, médicos, ministros

---

<sup>1</sup> Gerardo Sánchez, *et al.*, *Pueblos, villas y ciudades de Michoacán en el Porfiriato*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, 1991, p. 64.



Plano de Jiquilpan de Juárez 1899  
 (Gerardo Sánchez Díaz et al. *Pueblos, Villas y Ciudades de Michoacán en el Porfiriato*,  
 Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 1991, p. 65).

católicos y hacendados. En total, estos sectores pudientes no se componían de más de 150 personas, incluyendo cónyuges y familiares. Los siguientes niveles, en aquella pirámide social de baja estatura y de enorme base, los llenaban el pequeño comercio y la burocracia. “Ninguna otra plaza del rumbo ofrecía tantos servicios oficiales como la jiquilpense”, diría uno de los historiadores más célebres de la vecina San José de Gracia.<sup>2</sup> El resto de las cerca de 15 calles que componían “las afueras” de la población, lo ocupaban las casas y los jacales de los jornaleros, artesanos, tejedores, dependientes, burócratas menores, amas de casa, costureras, lavanderas, molenderas, arrieros, herreros, carpinteros, albañiles y vagos.

Según Álvaro Ochoa Serrano, uno de los cronistas jiquilpenses más connotados, en ese entonces en los linderos de Jiquilpan habitaban “los más pobres, aquellos que se ocupaban de acarrear leña, de apoyar el servicio doméstico y de servir como peones en las haciendas”.<sup>3</sup> Más de 85% de la población jiquilpense, al iniciarse los años noventa del siglo XIX, era menesterosa. Sobra decir que gran parte de dicha población era identificada en los informes de aquella época como “los indios”.<sup>4</sup>

Entre aquellos sectores medios y los muy pobres, vivía la familia Cárdenas del Río.

### La región jiquilpense durante las épocas prehispánica y colonial

Como la de muchos otros pueblos de la zona, la historia antigua de Jiquilpan se pierde en muy remotas épocas previas a la Conquista. Situada en aquel lugar que formaba parte de uno de los corredores

<sup>2</sup> Luis González y González, *Pueblo en vilo; microhistoria de San José de Gracia*, El Colegio de México, México, 1968, p. 56.

<sup>3</sup> Álvaro Ochoa Serrano, “Jiquilpan”, *Monografías Municipales*, Gobierno del Estado de Michoacán, México, 1978, p. 125.

<sup>4</sup> Gerardo Sánchez, *op. cit.*, p. 69.

comerciales y culturales entre el occidente y el centro de Mesoamérica, varias referencias tempranas la ubican con cierta claridad entre dos territorios importantes que colindaban en dicha ruta: el purépecha y el de los cachcanes-chichimecas. Sobre sus antiguos habitantes se sabe muy poco, a no ser que merodeaban entre los hoy llamados Loma de Otero y el Lago de Chapala.

Para el siglo xv y tras el vasallaje logrado en el territorio cercano a Sayula por parte de los irecha michoacanos, esta localidad del noroccidente del mundo purépecha recibió el nombre de Huanimban en tarasco y Xiquilpan en náhuatl. Si bien una primera impresión sobre el origen náhuatl de la palabra Jiquilpan podría remitir al vocablo *Xiquipilli* que se refiere “a una alforja, morral, saco, bolsa; por extensión ocho mil;...”, parecería que es otra la naturaleza del nombre. El toponímico en cambio se asocia con la abundancia en la región de racimos de flores llamadas *xiuhquilitl pitzahuac* o huanitas, que sirvieron durante mucho tiempo para producir un tinte azul; además de que el posible jeroglífico del lugar, identificado por los sabios decimonónicos, hacía referencia directa a las plantas del añil. Por lo tanto Jiquilpan-Huanimban, como bien lo apuntalan los lingüistas e historiadores, significa “lugar en o sobre añil”.<sup>5</sup>

Esta región con sus feraces valles formó parte de la frontera del Imperio purépecha y tributó al Cazonzi con productos básicos como maíz y chile. Pero sobre todo, como evidente zona fronteriza y ubérrima, sus pobladores prefirieron vivir cultivando la tierra y defendiendo la región, moviéndose de un lugar a otro dentro de ese dilatado territorio hasta mucho tiempo después de la llegada de los conquistadores españoles.

Llama la atención que, allá por 1522, los primeros españoles que se aparecieran por esa región montados a caballo y vestidos de hierro no

---

<sup>5</sup> Álvaro Ochoa Serrano, *Jiquilpan-Huanimban. Una historia confinada*, Instituto Michoacano de Cultura, México, 1999, p. 19.

recibieran mayor resistencia. En un principio los intentos de conquista y sometimiento los dispersaron. En seguida vinieron las encomiendas y, tras unos años de incertidumbre, la población ya concentrada por los rumbos del actual Jiquilpan quedó bajo la égida de la corona real. Tal pareció que pocos encomenderos y menos visitantes encontraron interés en estas tierras que, aunque parecían muy fértiles y copiosas de pobladores capaces de convertirse en tenaces generadores de riquezas, estos últimos no tenían mayor voluntad de trabajar para los españoles. Los pobladores originarios de la región jiquilpense en vez de acudir al llamado de la corona prefirieron internarse entre las cañadas, los cerros y los bosques. Por eso mismo no formaron parte activa en las congregaciones que promovían los recién arribados a estas tierras. Más bien las resistencias y rebeliones fueron el pan de cada día hasta bien avanzados los tiempos coloniales.<sup>6</sup>

Con los propagadores de la conquista espiritual las cosas sucedieron de modo más discreto. Ya en 1539 se iniciaron los trabajos de construcción del convento en Jiquilpan, mismo que sirvió de base para fundar la primera concentración de tipo hispano en la región. Bajo la responsabilidad de frailes franciscanos debió erigirse un primer recinto para agrupar ahí a la exigua cantidad de seguidores de la recién implantada palabra de Cristo. A pesar de sus esfuerzos, en los mismos recuentos de los párrocos de entonces se insistía en que se trataba de una comunidad demasiado pequeña, por lo que poco interés debía generar en la corona. La república de indios de Jiquilpan contó con 140 individuos en 1619, aumentó a 519 en 1683, pero descendió a 158 en 1746.<sup>7</sup> Al igual que en otras provincias de la Nueva España

---

<sup>6</sup> Jaime Olveda, "La rebelión del Mixtón", en *XIV Jornadas de Historia de Occidente; V Centenario (1492-1992). Otros puntos de vista*, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas A. C., México, 1994, pp. 67-81.

<sup>7</sup> Juan Carlos Cortés Máxima, *De la República de Indios a Ayuntamientos Constitucionales: pueblos sujetos y cabeceras de Michoacán 1740-1831*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, 2012, p. 49.

los siglos XVI y XVII resultaron particularmente inclementes para la demografía indígena.<sup>8</sup>

Pero las tierras que rodeaban esa pequeña congregación continuaron como objeto de la avidez de las generaciones posteriores a los encomenderos. Dichos terrenos resultaban tan fértiles y extensos que no dejaron de estimular la ambición de quienes las vieron con fines utilitarios y de amplia producción, más que de uso para la simple supervivencia. Por ello resultaba paradójico que, aun con la resistencia al trabajo forzado y pese al afán de congregar a sus inestables pobladores originarios, esas tierras pasaran buena parte de los siglos XVI y XVII entre disputas, entregas, negociaciones y acomodos. Mientras los franciscanos avenidos a los rumbos de Jiquilpan-Huanimban se preocupaban por la organización de las comunidades, todo parece indicar que la generosidad de sus tierras, pero sobre todo el impulso a la ganadería y el acaparamiento de los territorios novohispanos propicios para su explotación extensiva, estimuló la avaricia de algunos criollos y pocos mestizos en estas cañadas y valles de los entonces confines occidentales de la provincia de Mechuacán.

Muy vinculado pese al afán de congregar, de generar riqueza a ultranza y de controlar el territorio, los animales, los hombres y su trabajo, surgió una inmensa propiedad, una hacienda cuya enorme extensión tendría gran influencia en el mundo jiquilpense y en el universo michoacano en general: se trataba de la hacienda de Guaracha o, como algunos informes la mencionaban, Huaracha.<sup>9</sup> Situada a un costado oriental, al norte y al suroriente de los límites de las tierras de los jiquilpenses, con el paso de los años la hacienda de Guaracha amplió su área de expansión hasta ocupar prácticamente todo el terri-

<sup>8</sup> Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, *Ensayos sobre historia de la población: México y el Caribe*, vols. I y II, Siglo XXI Editores, México, 1977-1978.

<sup>9</sup> Aquí se ha decidido usar la ortografía utilizada por uno de los historiadores más connotados de dicha hacienda: Heriberto Moreno García, *Guaracha. Tiempos viejos, tiempos nuevos*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1994.

torio ubicado al este del pueblo, desde la ciénega del Lago de Chapala hasta la frontera del ahora municipio de Chavinda, colindante con el de Zamora.

A finales del siglo xvi el llano y la ciénega ocupados por Guaracha estaban en manos de media docena de españoles, que explotaban sus fértiles tierras con mano de obra proveniente no sólo del reticente espacio indígena, sino de una buena cantidad de esclavos negros que resistieron el duro trabajo de las plantaciones azucareras y que también resultaron espléndidos manejadores de ganado vacuno y caballo. Si bien los primeros cautivos africanos traídos a Occidente fueron vistos como “pendencieros y viciosos”, no tardaron en amalgamarse con la población indígena y mestiza de la región, convirtiéndose en fuerza de trabajo imprescindible para las húmedas tierras colindantes al mar chapaleño.<sup>10</sup>

A lo largo de los siglos xvii y xviii la hacienda de Guaracha, junto con las de Cojumatlán, Del Monte, Cumuato y Buenavista formaron un latifundio que permitió una vida regalada a sus ricos y aristocráticos propietarios, y una explotación bárbara a sus trabajadores y esclavos.<sup>11</sup> Los propietarios difícilmente visitaban sus tierras, pues sus múltiples compromisos rara vez les dejaban tiempo para salir de sus palacios y casas en la Ciudad de México, Guadalajara, Morelia y Zamora. Sin embargo sus nombres retumbaban a la hora de que los capataces y los administradores los enarbolaban para darles fuerza y autoridad frente a los miserables campesinos sujetos a su yugo.

Las bocas de los dominadores se complacían al nombrar los apellidos rimbombantes de los hombres más acaudalados de la Nueva España, como don Juan de Salceda, don Fernando Antonio Villar Villamil y don Gabriel Antonio de Castro y Osoreo. Los tres figuraron entre los dueños de estas extensas propiedades que conformaron la

<sup>10</sup> Heriberto Moreno García, *Haciendas de tierra y agua en la antigua Ciénaga de Chapala*, El Colegio de Michoacán, México, 1989, p. 207.

<sup>11</sup> Heriberto Moreno García, *Guaracha...*, *op. cit.*, p. 100.

hacienda de Guaracha. Hacia finales del siglo XVIII aquellas inmensas y fructíferas tierras iniciaron su primera fragmentación debido a las hipotecas y deudas generadas por la ostentosa vida de sus propietarios. Con todo y sus problemas económicos, la vida de Guaracha y de sus haciendas subsidiarias pasaría por múltiples avatares en el transcurso del siglo XVIII al XIX. Su producción siguió manteniendo cierta hegemonía sobre los mercados de Jiquilpan, Sahuayo y Zamora, además de su interés en otros espacios comerciales, sobre todo en Guadalajara y Morelia. En una descripción de esa hacienda, escrita a finales del siglo XVIII, se le reconocía una propiedad de más de 96 000 hectáreas de tierra en la que el agua y los pastizales no parecían tener límites. Dicha descripción abundaba:

Tiene en el día como 9 mil reses, mucha caballada y poca siembra de ella: pero algo considerable de maíz en sus rancherías que se hallan arrendadas. Los más de los muchísimos arrendatarios de las [tierras] de esta demarcación son de cortos pedazos de tierra, por los que pagan a 4 pesos de renta; siembran su poco maíz y pasan en temporadas a los trapiches de azúcar a servir de operarios, y en ellos los conocen como los guaracheños.<sup>12</sup>

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 108.